

—Muy mal, chico, muy mal. Me parece que ya no escapo. ¿Por qué lo decías? Acaso tú...?

—Pudiera ser.

—Prueba á ejercitarte en el *triple trapecio*... Es la mejor manera de conocer...

—¿Cómo es ese triquitraque que tú dices?...

Me lo espetó dos ó tres veces, tropezando mucho; y fui tan necio que puse atención en aquella carraca, y cuando me quedé solo en casa la repetí para observar si los músculos de la lengua me anunciaban desquiciamientos de mi sistema nervioso. Aquel día me inspiró tanta lástima Raimundo, pintóme con tintas tan fúnebres la situación angustiosa de su erario, sin pedirme nada explícitamente, que le di una limosna. En mi furor imaginativo, llegué á figurarme que besaba el billete como los chiquillos mendigos besan el ochavo que se les arroja. Fuése contento y muy mejorado.

Á casa de Camila subía yo muy poco. Habíame propuesto no asediarla más, y aguardar circunstancias que me fueran favorables. Alentaba yo la secreta convicción de que el día me nos pensado todo había de variar; de que ocurriría una de esas repentinas vueltas del destino que nos sorprenden y nos dan hecho lo que poco antes nos pareciera imposible. Este presentimiento no se me quitaba de la cabeza. "Esperar, esperar — me decía. — En tanto, la Providencia ó Satán trabajarán secretamente en favor mio."

Una mañana recibí en caja facturada en gran velocidad un regalo de mis amigas las Pastoras. Era una obra de arte, acuarela como de tres cuartas de ancho por dos de alto, pintada por *Mary* y dedicada á mí. Representaba un remanso, un molinito, sauces, chimenea humeante, y creo que había también unos niños y algún corderillo ó dos. La cosa, ignoro por qué, resultaba de una moralidad edificante. Yo no sé cómo era; pero de allí se desprendía que debemos ser buenos. "Corro á enseñarle estas papas — dije; — y cargando yo mismo la lámina subí.

La propia Camila me abrió la puerta. Estaba sola. Había despedido á la criada, y se veía en el caso de tener que hacer ella misma la comida. Otro quizás no la hubiera encontrado bella en aquella facha; pero á mí me pareció encantadora, ideal. Tenía puesta una falda vieja y el delantal blanco y azul; pañuelo liado á la cabeza á estilo vizcaino; las mangas arremangadas; el cuerpo con chambra no muy justa; sin corsé, porque el calor y la agitación del trabajo no se lo permitían; el seno bien tapadito, pero acusándose en toda la redondez gallarda de su sólida arquitectura. Tal figura se completaba con el calzado, que era un par de botas viejas de Constantino. "Mira qué patas tan elegantes tengo — me dijo adelantando un pié. — Como hoy estoy de faena, me pongo estas lanchas para no estropear mis botas ni ensuciar mis zapatillas.

En el pasillo vimos el cuadro, pero á escape, porque ella no podía ausentarse de la cocina.

“Una de dos—me dijo, —ó te *recopilas* ó vienes para acá. No puedo reciberte en otra parte. Si quieres ayudarme á fregar ó mondarme estas patatitas, no creas que me he de oponer.

Entré con ella en la cocina, y me senté en una silla que tenía el fondo hundido. Junto á esta silla había otra. El magnífico mueble que estaba á mi derecha era una tinaja; enfrente el fogón. Los elegantes vasares no ostentaban cacharritos japoneses ni porcelanas de Sajonia y Sevres, sino otros más útiles chismes, y además las cenefas de papel picado con figuras de toreros.

## IV

No sé qué vértigo me acometió al ver á Camila. Púsose á fregar la loza, diciendo: “Esa girafa me dejó todo como ves, sin fregar... ¡qué tías!” Y yo la miraba embebecido, miraba sus manos coloradas y frescas en el agua, el movimiento rítmico que hacían los dos picos de la chamba al compás de los ajetreos de las manos, y sobre todo contemplaba su cara risueña, de una lozanía y placidez que no se pueden expresar con palabras. Entróme fiebre, delirio; la cuerda de mi espíritu vibró como si quisiera romperse. No pude contenerme, ni se me ocurría

emplear como otras veces rodeos é hipocresías de lenguaje. Lleguéme á ella, llevándome mi silla en la mano izquierda; me senté junto al fregadero, todo esto rapidísimo... cogile un brazo y lo oprimí contra mi frente que ardía. La frescura de aquella carne y la dureza del codo, que fué lo que vino á caer sobre mi frente, producíanme sensación deliciosa. Todo pasó en menos tiempo del que empleo en contarle, y mis palabras fueron estas: “Quiéreme, Camila, quiéreme ó me muero. ¿No ves que me muero?”

Apartóse de mí, y con mucho alboroto de brazos y de palabras, me obligó á retirarme. “¡Miren el tísico este! Y si te mueres, ¿qué culpa tengo yo? ¡Eal déjame trabajar. Si te pones pesadito, tendré que darte un tenazazo.

Después rompió á reir, y alargando el pié como si quisiera darme una puntera, se puso en jarras y me dijo: “Pero ven acá, grandísimo soso. ¿No se te quita la ilusión viéndome así? ¿Ó es que con esta lámina estoy á propósito para sorberle los sesos á un príncipe? Claro... quién que vea este piececito de bailarina no se volverá tonto por mí? ¿Pues este talle de sílfide...? y estas manos? Yo pensé que podría hacerle tilín al aguador; pero á tí...! ¡Si creí que al verme ibas á salir escapado gritando que te habían engañado! ¡Y ahora te descuelgas otra vez con que me quieres! Tú estas chiflado de veras. Caballero, soy una mujer casada, y usted es un liber-

tino; quite usted allá, so adúltero, que quiere aduiterarme. Vaya usted noramala... ¡Que te estes quieto!

Esto lo dijo blandiendo las tenazas, cuando yo volví sobre ella á expresarle lo más de cerca posible la admiración que me producía.

“Descalábrame... Te diré siempre que te quiero, que te adoro, que estoy ya enteramente loco, y que me moriré pronto, rabiando de cariño por tí...—exclamé defendiéndome como podía de las tenazas.—Ya que no otra cosa, dame la satisfacción de decírtelo, y de decirte también que me entusiasmas, porque eres la mujer sublime, la mujer grande, Camililla. Mereces ser puesta en los altares; mereces que se te eche incienso, que los hombres se den golpes de pecho delante de tí, borrica del Cielo, con toda el alma y toda la sal de Dios.

Creo que me arrojé al suelo, que quise besarle aquellas desproporcionadas sandalias medio rotas, que me golpeó la cara con ellas sin hacerme daño, que le besé la orla de su falda, que la abracé vigorosamente por las rodillas, que la hice caer sobre mí, que nos levantamos ambos dando tumbos y apoyándonos en lo primero que encontrábamos. Tan trastornado estaba yo, que no me di cuenta de lo que hacía. Ella volvió á coger las tenazas y me amenazó tan de veras, que llegué á temer formalmente que me las metiera por los ojos.

Pausa, silencio. Yo en mi silla, recostándome con indolencia sobre la inmediata; ella destapando calderos, arrimando carbones, probando guisotes. Como si nada hubiera pasado, se puso á cantar en voz alta. Después me miró. “¿Qué, todavía estás ahí? Pues sí; á mí no me pescas tú. Soy para mi idolatrado Cacaseno.

Y variando súbitamente de tono: “Si vieras qué sorpresa le tengo preparada hoy... ¡Porque yo le doy sorpresas; y me divierto más...! El mes pasado le di una... Voy á contártela. Tenía él un reloj muy malo, de plata, una cebolla que le regaló su tío el de Quintanar. Siempre andaba para atrás... en fin que no nos daba nunca la hora. Era preciso comprar otro reloj, y Constantino se desvivía por tener un *remontoir* bonito, ligero... Yo le decía que más adelante; pero él no tenía paciencia, ¡pobrecito! Todos los días me traía un cuento. “Camila, hoy los he visto á doce duros, muy lindos, en los *Diamantes Americanos...*” —“¿Pero hijo, y dónde están los doce duros?” Pues nos poníamos á juntar, peseta por aquí, dos perros por allá. Yo le quitaba á él y él me quitaba á mí, y poco á poco se iba reuniendo el dinero. Yo soy siempre la cajera. “Marco, ¿cuánto tienes ya?” —“¡No me marees, ya se completará!...” Por fin le digo un día: “Ya pasa de diez duros; la semana que entra te compro el *remontoir*.” Pero aquí viene lo bueno. Verás cómo juego con él. Es un chiquillo. Reunidos

los doce duros, le digo una mañana: "Chiquito, ¿no sabes lo que me pasa? que mi vestido azul está muy indecente. Me da vergüenza de sacarlo á la calle. No he tenido más remedio que comprarme once varas de merino para arreglarlo, y como no había de qué, he tenido que echar mano de los duros aquellos. Despídete por ahora de ese capricho. Dentro de tres ó cuatro meses, se verá." Él refunfuña un poco, arruga el entrecejo; pero en seguida se le pasa el enojo, y me dice que primero soy yo. ¡Pobretín! á la noche ya no se acuerda del dichoso *remontoir* sino cuando saca la cebolla para ver la hora, y entonces echa un suspiro...! Y yo entre tanto, ¿qué crees que he hecho? He salido por la tarde, y más pronto que la vista, me he ido á la tienda y he comprado el reloj. Me lo traigo á casa, y mientras cenamos, le doy á mi marido bromas con el viejo, diciéndole: "Hijo, no tienes más remedio que apenar con tu patata." Cenamos, nos acostamos. Yo no sé cómo aguantar la risa, porque he cogido el reloj, y envuelto en un papel lo he metido bajo nuestras almohadas. Apenas recostamos la cabeza los dos... tin, tin, tin, tin. Me tapo bien la cara, mordiendo las sábanas para no reirme. Me hago la dormida, y le siento á él inquieto. "Camila, Camila, yo oigo un ruido..." Y yo callada, respirando fuerte, casi roncando... "Camila, Camila, ¿qué anda por ahí?" De repente hago como que me despierto sobre-

saltada y me pongo á gritar: "¡Ratones, ratones!... Mira, mira, uno me ha mordido la oreja..." Él se levanta... enciende la luz. Pero yo, no pudiendo ya tener la risa, le digo: "Por aquí, por aquí, entre las almohadas... ¡Ay, qué miedo!" Él, que empieza á conocer la guasa, mete la mano, y... "Chica, chica, ¿qué es esto?"... ¡Qué fiesta! ¡cómo gozo viendo su sorpresa, su alegría y los extremos de cariño que me hace! Volvemos á apagar la luz... y á dormir hasta por la mañana.

Yo, medio ahogado por el culebrón que se enroscaba en mí, no podía reir con ella. Por fórmula debí preguntarle si aquel día tenía dispuesta una nueva sorpresa, porque siguió su cuento de este modo: "Hoy le preparo una de órdago. Verás: hace tiempo que está deseando tener un barómetro aneróide. Desde que lee y se ha metido á sabio, le da por enterarse de cuando va á llover. Yo le digo: "eso es muy caro. No pienses en ello. Que se te quite eso de la cabeza. Ni que fuéramos príncipes!" Pero aguárdate. Hoy le he comprado ese chisme. Tiene dos termómetros por los lados, uno de agua encarnada, otro de agua plateada. Me costó seiscientos veinte reales, y lo tengo escondido para que no lo vea. ¡Cómo me voy á reir esta noche! Mira lo que he inventado. Pongo en el gabinete que está al lado de nuestra alcoba tres ó cuatro sillas unas sobre otras, ato una cuerda á la de en-

medio, la cual cuerda pasa por un agujerito de la puerta, y va á parar á la cabecera de nuestra cama. Cacaseno se acuesta; yo también. Apago la luz. De repente tiro de la cuerda, ¡cataplúm! Figúrate qué estrepito. Yo me pongo á gritar: ¡ladrones, ladrones! Incorpórase él hecho un demonio, enciende luz... ¡Jesús qué miedo! Salta de la cama, va á coger el revólver, y yo digo: "Ahí, ahí, en el gabinete están."

—Pero no veo la sorpresa.

—Es que la puerta del gabinete estará cerrada y en el pomo del picaporte habré colgado el barómetro; de modo que no tiene más remedio que verlo al querer entrar... Entonces suelto el trapo á reír; él comprende la broma y suelta el trapo también; y aquí paz y después gloria. Nos dormiremos como unos benditos, y hasta otra. No te creas; él también me da sorpresas á mí; pero no tiene ingenio para inventar cositas chuscas como yo. Cuando me regala algo lo trae escondido; pero en la cara le conozco que hay sorpresa. Frunce las cejas, alarga la jeta y dice con muy mala sombra: "¡Vaya unas horas de comer! Esto no se puede aguantar..." Yo, que leo en él, me hago también la enfadada, y me pongo á chillar: "Bertoldo, Cacaseno de mil demonios, si no te callas... Pero tú me traes algo, dámelo y no me tengas en ascuas..." Entonces saca lo que esconde y me dice riendo: "Si es sorpresa..." Yo, de una manotada, ¡pim!... se lo arrebató...

No la dejé concluir. El deseo de estrecharla contra mí, de comérmela á caricias era tan fuerte, que no estaba en mi flaca voluntad el contenerlo; deseo casto por el pronto, aunque no lo pareciera, nacido de los sentimientos más puros del corazón; deseo que si con algo innoble se mezclaba era con la maleza de la envidia, por ver yo en poder de otro hombre tesoro como aquel. Y la cogí antes que se me pudiera escapar, haciendo presa en ella con un furor nervioso que me dió momentáneo poder. "¡Quiéreme ó te mato—le dije con desazón epiléptica, fuera de mí, atenzándola con mis brazos y dando hocicadas sobre cuantas partes suyas me cayeran delante de la cara;—quíereme ó te mato! Que todo no sea para él; algo para mí. Te estoy queriendo como un niño, y tú nada..."

Habíais de ver la gran contienda entre los dos. Mi fuerza nerviosa se extinguía. Pronto pudo ella más que yo. Era mujer sana, dura, templada en el ejercicio y en la vida regular. Sus brazos no sólo se desprendieron de los míos sino que los dominaron. El aliento me faltaba por instantes; el pecho se me oprimía, más que con el poder de los brazos de ella, con la dilatación de no sé qué angustia interior, que era el sentimiento de mi fracaso. Por fin vencido, campeó ella sobre mí, y empujándome de un lado, me dejó caer sobre la otra silla. Las dos formaban como un sofá. Sus manos aprisionaron mis

muñecas como argollas de hierro. ¡Una mujer tenía más fuerzas que yo, y me acogotaba como á un cordero! “¿Ves cómo te meto en un puño, tísico? Si eres un muñeco; si no tienes sangre en las venas; si los vicios te tienen desainado! No sirves para una mujer de verdad, sino para esas tías tan tísicas, tan fulastres como tú... perdido.”

La ví encenderse en verdadera cólera. Aquel manojito de gracias, aquel ramillete de chistes nunca se había presentado á mis ojos en la transformación fisiológica de la ira. En tal instante miréla por primera vez airada, y me acobardé cual no me he acobardado nunca. La ví palidecer, dar una fuerte patada; la oí tartamudear dos ó tres palabras; levantó la pierna derecha, quitóse con rápido movimiento una de aquellas enormes botas, la esgrimió en la mano derecha, y me sentó la suela en la cara una, dos, tres veces, la primera vez un poco fuerte, la segunda y tercera más suave... Yo cerré los ojos y aguanté. Tan quemado estaba por dentro que me dolió poco... “¡Ay—exclamé,—si me mataras á zapatazos como se mata una cucaracha, qué favor me harías!”...

La ví volverse á calzar, sustentándose en un solo pié con extremada gallardía. Después se arregló el pelo y la chambra. Respiraba fuerte y se había puesto encarnada. Poco á poco aquella terrible y nunca vista cólera se iba disipando

y Camila volvía á ser Camila. Una sonrisa le desfloró los labios, dándome á conocer que sentía cierto temor de haberme pegado demasiado fuerte. Miróme con atención á punto que yo me llevaba las manos á la cara. “¿Qué tal, escuece? —me dijo.—Tú te tienes la culpa por pesado. Yo las gasto así. ¿Qué es eso? sangre. Me alegro; vuelve por otra. Así, así, quiero que lleves estampadas en tu hocico las suelas de mi marido.

Créedme, cuando no me eché á llorar en aquel instante como un ternero, es seguro que las fuentes del llanto estaban agotadas en mí. Y más me affigí viendo á Camila salir y volver con un vaso de agua y un trapo de hilo, el cual humedeció para lavarme la cara. Y se reía curándome. “No es nada, hijo, un pedacito de piel levantada. Otras te han sacado todo el cuero y no te has quejado... ¿Á que no vuelves á atreverte conmigo? ¿Te das por vencido?”

—No; te quiero más cuanto más me pegues, y concluiré loco, saliendo á gritar por las calles que eres la mujer más sublime que he conocido...

—¡Claro!... como que me van á poner en la Biblia... ¡Ea! se acabaron las papas. Ahora me haces el favor de marcharte á tu casa. Tengo mucho que hacer y no estoy para espantajos.

No me voy, Camila, sin una esperanza siquiera... promesa al menos...

—¿Promesa de qué? ¿Habrás visto tonto igual? Que me vuelvo á quitar la bota... Eres tan

sin vergüenza, que por verme una pierna te ha de gustar que te pegue. Estos tísicos son así. Pues no, no te pego más; no me da la gana. Únicamente te desprecio... Con que ve despejando el terreno, si no quieres que se lo cuente á Constantino. Hasta aquí he sido prudente; pero me pones en el caso de no serlo. Si él sabe lo que me has dicho... ¡Jesús de mi alma la que arma! Ya te estoy viendo volar hasta el techo.

—Pues díselo... cuéntale todo. En mi estado, deseo cualquier disparate...

—¿Sí? No lo digas dos veces. Mira que canto...

Estaba destapando pucheros. De pronto la ví atendiendo con cara de Pascua á cierto ruido en la escalera.

“Ya viene... es él... Le conozco en el modo de trotar. Sube los escalones de tres en tres... Compara, hombre, compara contigo, que cuando subes llegas aquí ahogándote, medio muerto. Lo que yo digo, la vida alegre...”

Fuerte campanillazo anunció al amo de la casa que venía de la oficina. Corrió Camila á abrirle, y oí como una docena de besos fuertemente estampados, ósculos de devoción y fe, como los que dan las beatas, echando toda el alma, á las reliquias de un santo que hace muchos milagros. El burro entró en la cocina. “Hola, chico, ¿tú por aquí?”

“¿Qué me traes?”—le dijo Camila.

—Nada más que estos jacintos.

—¡Qué bonitos y qué bien huelen! Ponlos en ese jarro, por el pronto. Oye, dale uno á este estafermo, que bien se lo merece. Me estaba ayudando á poner los trastos en el vasar de arriba, y se le vino encima el caldero grande; mira la contusión que tiene en la mejilla... ¿Sabes de lo que hablábamos ahora?...

Otro campanillazo cortó el concepto de mi prima. “¿Qué iría á decir?—pensé yo,—y ella dijo: “¿Quién será?””

Constantino fué á abrir, y oímos esta exclamación. “¡Oh, señora doña Eloisa!... ¿Usted por aquí?”

No sé por qué me dió mala espina la tal visita. Y mi corazonada se acentuó más cuando ví á Eloisa. Había recobrado su hermosura, y fuera de la palidez y demacración, no quedaban rastros en su cara del pasado arrechucho. Pero venía tan cejijunta, nos saludó á todos con tanta sequedad, me miraba de un modo tan extraño, que barrunté algo desusado, serio y muy desagradable. “Esta prójima, que muy rara vez viene aquí—pensé,—trae hoy alguna historia... Me las guillo...”

Á lo que le preguntamos sobre su salud, contestaba Eloisa de mala gana y con impertinencia. Quería hablar de otra cosa. Pasó al comedor con Miquis y conmigo. Camila quedóse en la cocina trasteando. “¿Qué hay de nuevo?”—preguntó el manchego á su cuñada.”

—¿Qué ha de haber? Que son ciertos los toros...—replicó mirándole con sorna.

Después se puso á decir chuscadas, que aparentemente no tenían malicia. Creí que me había equivocado y que Eloisa no llevaba el escándalo en su intención. No obstante, parecióme notar cierto dejo irónico en su alegría. Pero como pasaba tiempo sin que la conversación tomara mal sesgo, dije para mí: "Vaya; es manía. No hay nada de lo que sospechaba." Poco después, despedíme de todos y me retiré.

## V

Pero en la soledad de mi gabinete, paseándome de un ángulo á otro, con las manos en los bolsillos, la cabeza sobre el pecho, no podía apartar de mí la idea de que en el tercero pasaba ó iba á pasar algo...

Y como mi espíritu adestrado en el imaginar no se paraba en barras, ved aquí las historias que me forjé en menos tiempo del que empleo en contarlas: "María Juana es la que ha echado á volar la especie de que yo tengo relaciones con Camila. Ella ha sido; me lo dice el corazón. Lo ha hecho por espíritu de hipocresía, por evitar que se sospeche de ella. Tal vez lo crea, en cuyo caso... Pero no, ¡qué disparate digo! Esto es un delirio; María no es capaz... Lo que hay es que se ha corrido esa voz, como se

corren otras muchas, y Eloisa... ¡Ah! ya sé quién ha llevado el cuento á Eloisa. Ha sido Manolo Trujillo, ese bendito ciego... Y la prójima se ha puesto fuera de sí, ha sentido celos... ¡celos de hermana, que son los peores! Pero quiá... imposible... Subiré á cerciorarme... No, no subo; allá se entiendan. Si no fuera por Camila, me importaría poco que la prójima armara cuantos escándalos quisiera... ¿Subiré? No, no subo. Tal vez sea todo figuración mía.

Mi inquietud creció de tal modo, que creí oír voces que se trasmitían por el patio. Escuché... nada. Llamé á mi criado y le dije: "Mira, Ramón, te vas al cuarto tercero y dices que me he dejado allí un cuadro... Ya sabes, el que trajeron de la estación esta mañana en esa caja. Te lo bajas... Oye, oye; de paso observa si ocurre algo en la casa... Anda, anda.

A poco volvió Ramon, y me dijo:

"Señor, que se ha armado arriba una gresca de doscientos mil diablos.

—¿Qué dices?

—Lo que oye. La señorita Camila y la señorita Eloisa están hablando como rabaneras, y el señorito Constantino también hipa por su lado. No he podido traer el cuadro. Les hablaba y no me respondían, sino dale que te dale á las lenguas los tres á un tiempo... Desde la ventana del patio se oye. La vecindad está escandalizada.

Fuí y oí. La voz de Camila descollaba; mas no entendí si era llanto ó gritos de furor lo que hasta mí llegaba. "Me parece que se ha armado una buena, pero buena." Y volví á mi gabinete, donde intenté desgastar mi inquietud nerviosa paseándome. Esperaba y temía que alguna racha de aquel temporal del tercer piso bajara hasta mí. ¿Qué hacer? ¿Evitarla echándome á la calle y no pareciendo hasta la noche? No; mejor era esperar á pié firme la nube. Quizás mi presencia sería pararrayos que evitase una catástrofe... ¿Subiría? No, subir no, porque pudiera mi intervención ser perjudicial á la inocente Camila. Conveníame adoptar también una actitud de inocencia é ignorancia del asunto.

La racha que juzgué inevitable no tardó en venir. Fuerte campanillazo anuncióme la cólera de Eloisa, que entró en mi casa y en mi gabinete en un estado de agitación que me puso medroso. Dejóse caer en un sillón, como quien se desmaya, y era que le faltaba el aliento, á causa de la ira, y de la prisa con que había bajado.

Yo ni la miré siquiera. Oía su respiración como el mugido de un fuella. Esperé á que resollara por la herida y á que su resuello se condensara en palabras. Podeis creérmelo; los pelos se me ponían de punta. Viendo que á ella todo se le volvía respirar fuerte y oprimirse el pecho con las manos, me le planté delante y le dije:

"Vamos á ver, ¿qué es esto, qué ha pasado allá arriba?..."

—Déjame, déjame... que tome aliento. Me estoy ahogando... he hablado mucho, he gritado... he sido una leona... ¡pero buena la he puesto á esa hipócrita, á esa...! me he irritado tanto que la lengua se me fué... Si me oyes, te espantas... Luego esa hipócrita se desvergonzó... es una verdulera, yo otra... dos verduleras... Y el bruto allí, queriendo poner paz... ese ciervo estúpido... Estoy volada... deja que me serene... dame aire, aunque sea con... un periódico.

—No entiendo una palabra de lo que estás hablando—le dije abanicándola con el papel.— ¿En qué ha podido ofenderte la pobre Camila, que es un angel?

Nunca dijera esto. Por la primera vez de mi vida ví á Eloisa en un arrebató de furor. Allí si que se llevó la trampa á la señora española y lo que en finura, discreción y modales le había concedido Naturaleza. No quedó más que la prójima bien vestida. Puesta en pié, manoteando como si me quisiera sacar los ojos con sus dedos, el volcán de su alma reventó así:

"Hipócrita tú también!... Que te enredaras con otra... pase; pero con mi hermana, con la hermana que más quiero...! Y ella es peor que tú, mil veces peor, porque se hace la tonta, la virtuosita. ¡Huf! qué serpentón debajo de aquella capita de tontunas. No hay santurronería

más infame que la de éstas que se hacen las graciosas, las aturdidas... Y tú, grandísimo apunte, no dirás ahora que has tenido buen gusto... Vas bajando, bajando; concluirás por las fregonas... ¡Ah! qué cosas le dije... cómo la puse! Confieso que se me escapó la lengua; pero el furor me cegaba, por ser mi hermana... y á otra se lo paso, aunque me duela, pero á mi hermana no, á mi hermana no, porque me duele horriblemente...! No te disculpes, no niegues... Si te conozco... ¡Ah! Camila te conviene porque es barata... Y como nos hace el papel de la niña honradita, y á todos engaña con la comedia de estar enamorada de su pollino!... Como si esto fuera posible...! Dios mío, qué criaturas tan fantásticas has echado al mundo... ¡Que me haya jugado esta trastada mi hermana, la hermana que más quiero, la que tengo metida en mi corazón!... ¡Y que me haya puesto en el caso de decirle las perrerías, las atrocidades que le he dicho!... ¡Oh! ¡Dios mío, qué desgraciada soy!...

Rompió á llorar afligida, con estrépito, cual si su indignación se resolviera bruscamente en arrepentimiento por las ignominias injustas que había dicho á su hermana. Viéndola yo en aquel camino, creí posible una solución pacífica, y en tono de prudencia le dije:

“Veo que al fin conoces que has dado una campanada. La cólera te cegó. Lo mejor es que subamos los dos, y pidas perdón á tu her-

mana por el escándalo que le has dado, haciéndote eco de una calumnia vil; porque sí, hija, sí, por el Dios que está en el Cielo te juro que Camila es tan querida mía como del Papa.

Esto la irritó de nuevo, destruyendo aquellos sentimientos de piedad que empezaban á obrar en ella como un bálsamo reparador, y echando lumbre por los inundados ojos y crispando los dedos, encaróse conmigo y me echó esta rociada: “No sé cómo tienes alma para decirme lo que me has dicho, y cómo me mientes á mí, que he tenido siempre la debilidad de creerte. Hace tiempo que te estoy observando y que vengo diciendo: “ese se ha encaprichado por Camila.” Pero después la exploraba á ella, y nada podía descubrir... Claro; hace tan bien sus comedias!... Mas ya no me engañais los dos. Sois buen par de zorros... Pero, créelo, me he vengado bien. ¡Las cosas que le he dicho...! ¿Pues y á él? Le he calentado las orejas á ese venado, y le he puesto ante el espejo para que vea aquella cornamenta que llega al techo...

Me pasó una nube por los ojos. Llamé todas las fuerzas de mi prudencia, porque de seguro iba á hacer un disparate. Y ella continuaba procaz, de esta manera:

“Y el muy animal, con todo su ramaje en la cabeza, negaba y te defendía, diciendo que eres ¡su amigo!... Este es un colmo, chico, el colmo... de la amistad, de la...

Cortó la frase, quedándose como perpleja, los ojos fijos con pensadora atención en el busto de Shakespeare que estaba sobre mi chimenea. Era el bronce que había pertenecido á Carrillo, y sin duda la vista de aquel objeto llevó su mente, por la filiación de las ideas, á cosas y sucesos de otros días. Á mí me pasó lo mismo.

“Sí... claro... ya sé que los maridos te quieren... ¡Absurdo, asqueroso!... Como tienes ese angel... parece que les embrujas y les das algún filtro...”

Juzgad de mi paciencia, y ved qué dosis tan grande de esta virtud acumulé en mi alma, cuando no cogí el busto y se lo tiré á la cabeza á aquella mujer. Pero aunque no hice esto, la cólera se desató en mí, y con palabras cortadas por el veneno que me salía de dentro le dije:

“Constantino es mi amigo, y no tiene por qué avergonzarse, porque ni es ridículo ni cosa que lo valga, y el que diga lo contrario es un miserable.

—Pues yo lo digo—gritó ella con brío.

—Pues aplícate el cuento.

—Explicame eso, hombre... Da razones.

—No doy razones—exclamé ya fuera de mí, sin ver ni oír nada, más que el fulgor y el estallido de mi rabia;—ni tengo que añadir una palabra más, ni me importa que te convenzas ó

no, porque ahora mismo te pones en la calle.

—No me da la gana.—Se va usted á donde quiera—vociferó ronca, mugiente.—¿Me echarás tú?

—Lo vas á ver—dije cogiéndola enérgicamente por un brazo y llevándola hacia fuera, no sin tener que tirar fuerte.

En aquella lucha, cuyo recuerdo me espeluzna siempre, no oí más que estas tres palabras dichas en un aliento de agonía. “Eres un tío...”

Creo que le respondí: “y tú una tal...”, No estoy seguro de haberlo dicho. Ciego, con pegajosa y amarga espuma en la boca, abrí la puerta de la escalera y la eché fuera. Cuando dí el golpe á la puerta, haciendo retumbar toda mi casa, cual si mi corazón estuviera unido á aquellas paredes, sentí penetrante frío en mi alma. La idea de mi brutalidad vino al punto á mortificarme. Pero me rehice y me metí para adentro. La campanilla sonó con estruendo. Me pareció que tocaba más fuerte que todas las campanas de todas las iglesias de la cristiandad juntas. Eloisa llamaba con rabia, golpeando además la puerta con las manos. Aplicó sus labios á la rejilla de cobre, para gritar por allí otra vez: “¡tío, más que tío, canalla!”

“¿Abro?—me dijo Ramón alarmado.

No supe qué determinar.

“Abre, sí—respondí al fin.—Peor es que dé un escándalo en la escalera.

—La señorita María Juana—añadió mi criado,—ha subido hace un rato.

—Esta casa es hoy un infierno...—¡Maldita suerte mía! Abre, abre de una vez.

Retiréme á la sala, y desde allí ví entrar á Eloisa. Dió algunos pasos, y cayó como cuerpo muerto sobre el banco del recibimiento.

“Ramón... llévale un vaso de agua, si quiere, y tú, Juliana, auxiliála también. Puede que tenga un síncope. Le pasará... Y si no pasa que no pase... Allá se las componga.

Yo no sabía qué hacer ni qué decir. Parecióme que Eloisa no tenía síncope; conservaba el sentido y lo que hacía era llorar, llorar mucho.

“Ramón... entérate de si la señorita tiene ahí su coche. Si no lo trajo, manda enganchar ahora el mío, y que la lleven á su casa.

—La señorita tiene abajo su coche.

—Bueno. Cierra la puerta para que no se enteren de estos escándalos los que suben y bajan.

Eloisa bebió un poco de agua. Sin duda se iba serenando. No podía ser menos. Estas iras pasan, y dejan en el espíritu un amargo y desapacible sabor, el recuerdo vergonzoso de las tonterías que se han dicho y de las brutalidades que se han hecho. Tras la cortina de la sala, espí yo los movimientos de mi prima, y lo que hacía y hasta lo que pensaba. La ví levantarse del duro banco, suspirar fuerte palpándose y oprimiéndose el pecho como si el corazón se le

hubiera salido de su sitio y quisiera ponérselo donde debe estar. Vaciló entre pasar á la sala y marcharse; pero se decidió al fin por esto. ¡Qué alivio noté cuando la sentí bajar, apoyándose en el barandal y mirando mucho los pasos que daba! “La lección ha sido un poco fuerte—pensé,—pero es preciso, es preciso...”

¡Gracias á Dios que estaba solo! ¡qué día! No había tenido tiempo de saborear aquel descanso, cuando... ¡Jesús mío! la campanilla. La oía sonar, agujerándome el cerebro, y decidí arrancarla de su sitio, hacerla mil pedazos para que no repicara más. “¿Apostamos á que es María Juana?” Porque sí, la campanilla sonaba con todo el estudio y la convicción de una campanilla ilustrada que sabe á quien anuncia. Era ella, no podía ser otra.

Entró en mi gabinete, y ¡qué cara traía, qué golpe de quevedos, qué mirar justiciero! Era una sibila de aquellas que pintó Miguel Angel para expresar lo feas que se ponen las mujeres guapas cuando se enfadan y hacen profecías. En verdad, señores, lo extremadamente serio de aquel rostro prodújome efectos contrarios á los que él quería producir... Por poco suelto la risa. “¿Qué hay?—le pregunté afectando calma.

—¿Qué ha de haber? Pues nada que digamos. Vengo de arriba. Un zafarrancho espantoso. Las consecuencias de tu caracter, de tu temperamento... ¡Y ha habido una persona tan inocente que

creyó posible curarte, enmendar lo que tiene sus raíces en el fondo de la naturaleza, y hacer de un demonio un hombre...! La que tal pensó es más digna de lástima que las otras dos infelices, y por lo mismo que puso sus miras más arriba es la que ha caído más bajo... Estoy tan avergonzada por mí como por tí... Yo al menos tengo conciencia y veo mi bochorno; pero tú, ¿qué ves?... Eres un depravado, un monstruo, un condenado en vida. Daría... no sé qué por ver en tí un rasgo de nobleza. Pero no, no lo veré, porque no puedes dar sino frutos amargos... Has prostituido á la tontuela de Camila, quitándole lo único que tenía, que era su inocencia; has cubierto de ignominia al pobre Constantino, que es un alma de Dios, el angel de los topos... y tú tan fresco!... Responde, hombre, discúlpate, da á entender siquiera que hay en tí un resto de pudor, de dignidad, de cristianismo...

• Hubiera podido contestarle muchas cosas y volver por la honra de su hermana; ¿pero á qué decir lo que no había de ser creído? Hallábame tan irritado, que no sabía resolver aquellas cuestiones sino cortando por lo sano. Me incomodó la sibila con su áspero sermoneo, tanto ó más que Eloisa con sus procacidades. Ante ella me sentí igualmente brutal que ante la otra, y ciego la cogí por un brazo lo mismo que había cogido á la prójima, diciendo con la ronquera de mi sofocante ira:

“¿Sabes que no tengo ganas de música, de filosofías ni de estupideces? ¿Sabes que te voy á poner ahora mismo en la calle, porque no puedo aguantar más, porque estoy hasta la corona de tí y de tu hermana?”

Y haciéndolo como lo decía, tiré de aquella gallarda mole, que se dejó llevar aterrada, trémula, balbuciendo no sé qué conceptos trágicos, muy propios del caso y de su austera moral. Hicela salir, y cerré de golpe. María Juana no gritó en la escalera como su hermana. Con decoro aceptaba la expulsión y se vengaba con su dignidad. Era muy sabia y muy prudente para proceder de otra manera. Marchóse callada, haciéndose la víctima grandiosa y buscando lo sublime, que no sé si encontraría. Bajó las escaleras pausada y gravemente, como si fuera ella la razón desterrada y yo el error triunfante... “¡Ramón!

—¿Qué, señor?

—Te nombro mastín—dije delirando;—ponte en la puerta, y al primer Bueno de Guzmán que entre, me le destrozas á mordidas.

Nada, que aquel día me había yo de volver loco. Bien caro pagaba mis enormes culpas. Sonó la fatídica campana otra vez... Ramón entró en mi gabinete, y me dijo muy apurado: “Señor, D. Constantino es el que llama. ¿Le abro?”

—Sí, hombre... ábrele... en canal... Quiero decir, ábrele la puerta. Que entre; veremos por dónde tira.

Y cuando Miquis llegó á mi presencia estaba yo tan fuera de mí, que si me dice algo ofensivo, caigo sobre él y me mata ó le mato.

“¡Hola! ¿qué hay? — le pregunté, resuelto á afrontar la situación, cualquiera que fuese.

Constantino estaba pálido y muy agitado. Parecía rebuscar en su mente las palabras con que debía empezar.

“Tú traes algo—le dije.—Vomita esa bilis... franqueza, amigo. Luego me tocará hablar á mí.

Sus labios rompieron tras un esfuerzo grande. De la confusión de su mente y de las arrugas de su entrecejo brotaron estas cláusulas amargas:

“Pues... horrores en casa... Eloisa... Me han vuelto loco... ¡Que mi mujer me engaña! ¡que tú...! Camila se defiende. Yo no sé lo que me pasa; tengo un infierno en mi cabeza... porque si creo lo que me dicen de mi mujer, la mato, y si creo lo que ella me dice, mato á sus hermanas...

—No mates á nadie, no mates, hijo, y aguarda un poco.

—Porque yo vengo aquí—gritó como un energúmeno, poniéndose rojo y manoteando fuerte, —yo vengo aquí para decirte que, ya sea mentira, ya sea verdad, no hay más remedio sino que ó tú me rompes á mi la cabeza ó yo te la rompo á tí.

Sentí al oír esto ¿qué creéis? ¿indignación? no; ¿despecho? tampoco. Sentí entusiasmo, ardiente anhelo de soluciones grandes y justicie-

ras; y aquello de pegarnos los dos tan sin ton ni son no me pareció un disparate. Yo también quería sacudirle de firme ó que él me sacudiera á mí. Gesticulando como un insensato y no menos energúmeno que él, me puse á gritar:

“Tú eres un hombre, Constantino... Eso, eso; ó romperte el bautismo ó que me lo rompas tú á mí. Te tengo ganas, ¿sabes? eres lo que más me carga en el mundo... para que lo sepas.

—Pues cuanto más pronto mejor—gritó él, haciéndome el duo con furia igual á la mía.

—Eso, eso... Ha llegado la ocasión que yo quería. Ahora nos ajustaremos las cuentas, y déjate de armas blancas... pistola limpia y á la suerte.

—Como quieras.

—Y no es por poner en claro la honra de tu esposa. ¡Estaría bueno que dependiera de nuestra puntería! Tu mujer, para que lo sepas, bruto, es la gran mujer. Ni tú ni yo la merecemos... Nos pegamos porque te tengo ganas, ¿sabes? Tu conciencia te dirá quizás que no me has ofendido. ¡Ah! tonto, ¿ves estas magulladuras que tengo en la cara? ¿Lo ves, lo ves? Pues esto, pedazo de bárbaro, es la impresión de las suelas de tus botas. Tu mujer me ha abofeteado, no con las manos, que esto habría sido un favor, sino con tus herraduras, animal... Y ahora, tú, tú me lo has de pagar.